



Sergio Micco Aguayo (1)

25/02/2011
Política
Buena y mala economía

21/02/2011
Las Reglas de la
Transparencia y la
Defensa (Parte 2)

18/02/2011
Política
La Ley de Fondos
Reservados del Cobre en
el punto crítico de
Hubbert (Parte 1)

16/02/2011
Política
Buenos y malos
economistas

09/02/2011
Política
Magallanes protestó:
debe deliberar de nuevo
acerca de su pacto
territorial

01/02/2011
Sociedad
Uso de la bicicleta,
incentivos y valores para
un sistema de
transporte sustentable

Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de asuntospublicos.ced.cl.

©2000 asuntospublicos.ced.cl.
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

La buena economía es la que se basa en la evidencia empírica, desarrolla sus razonamientos con lógica y se pone al servicio de su tarea esencial: servir de la mejor manera posible a la necesidad humana de producir, distribuir y consumir bienes y servicios. La mala economía es la que se deja llevar por el saber convencional, ese que está de moda y que muchas veces esconde –simplemente– implacables intereses económicos y políticos, que se imponen falseando la realidad, faltando a la rigurosidad de la ciencia y a la bondad elemental que debe inspirar toda acción humana.

En un informe anterior de Asuntos Públicos, analizamos la diferencia entre economistas que piensan y actúan como profesores y otros como vendedores de políticas públicas. Quizás, otra forma de abordar el rol de la economía en las sociedades contemporáneas, es seguir un ejercicio que Paul Krugman propuso a su auditorio mexicano en marzo de 1993. Se debatían las oportunidades y amenazas que podía significar para el pueblo azteca el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. En aquella ocasión Paul Krugman llamó a tomarse las cosas con calma y no dejarse llevar por las modas imperantes. Para relevar este último punto hizo ver que siempre se debía distinguir entre conocimiento económico real y el saber convencional que prevalece en cada momento (2).

El saber económico convencional, es aquel que proviene del análisis económico vulgarizado y de la experiencia económica reciente. Surge “del hecho de que las personas serias hablan principalmente entre ellas y tienden a creer aquello que escuchan” (3). Se basa en evidencia real, pero parcial. La ciencia supone un estudio sistemático y una generalización adecuada de la realidad. A eso justamente renuncia el saber convencional. ¿Por qué? La pereza mental es obviamente una gran aliada de esta mala economía. También el “pensamiento de grupo” que surge con fuerza cuando todos asisten a las mismas reuniones, leen lo mismo y se informan a partir de las mismas fuentes. Simplemente repetimos lo que todos dicen. Paul Krugman también evidencia la debilidad de los periodistas, de aquellos vulnerables a los poderosos que los premian con una exclusiva o los sancionan denegándoles acceso a la información que manejan. Y son justamente los medios de comunicación masiva a través de los cuales se reproduce el saber convencional (4). Además, desde niños se nos enseña a decir

la verdad, entonces, nos cuesta creer que una persona importante simplemente está mintiendo para promover sus ideas y, más nos cuesta asumir que el ser humano tiende a mentirse a sí mismo cuando se trata de autojustificarse.

Agrego que Paul Krugman no menciona algo que para un marxista estudioso de la ideología es evidente. Las clases dominantes racionalizan sus intereses mediante la ideología, falsa conciencia de la realidad. Es lo que Wilfredo Pareto llamó "residuos" y Bobbio destaca como una de las pocas cosas que podemos decir con certeza acerca del origen de las ideas: las ideas hegemónicas son creadas por las clases dominantes para justificar su poder (5). La ideología, desde una perspectiva más posmoderna, es utilizada por todo grupo para estructurar un discurso que le dé identidad y pertenencia. Finalmente, incluso la forma más neutra de entender la ideología, es decir, como un mapa que simplificando la realidad nos ayuda a comprender y transformar la realidad social, supone también una distorsión que genera saber convencional.

Volviendo a Paul Krugman y su exposición acerca de la economía y las ideas dominantes, cuatro "saberes convencionales" gobernaron la economía política del siglo veinte.

El primero de ellos fue el del *laissez-faire*. Hasta la segunda década del siglo veinte los economistas manchesterianos y la mayoría de los políticos que gobernaban el mundo creían que mercados libres y una moneda sólida eran el camino asegurado a la prosperidad económica (6).

La heroína de este saber convencional era obviamente la Inglaterra de la revolución industrial. Era tal su fe en los mercados abiertos, que en vísperas de la Primera Guerra Mundial sus inversiones en el extranjero eran superiores a su propio stock de capital interior. La urbanización, la industrialización, la automatización y liberalización de los mercados destruyeron el orden rural y agrícola anterior provocando hacinamiento, paros y pobreza denunciados por Charles Dickens y Carlos Marx. Tal costo social es la base de la revolución que terminó gobernando el mundo occidental y oriental, el del sur y el del norte.

El segundo de los saberes convencionales se consolida tras la gran depresión de 1929 y el ascenso irresistible de la Unión Soviética. Los países, apoyados en la ciencia económica de la época y organismos internacionales como el Banco Mundial, se lanzaron a dirigir estratégicamente sus economías y a controlar sus divisas para atacar los problemas frecuentes en las balanzas de pago que se producían producto de la política de sustitución de importaciones (7).

Cuando Nikita Krushev desafiaba a Estados Unidos tenía razones para alardear. No sólo era su superioridad en la carrera espacial; Yuri Gagarin mediante. Así lo pensaban muchos economistas occidentales. Krugman recuerda a Calvin B. Hoover quien en 1957, en la afamada revista *Foreign Affairs*, afirmaba que la economía soviética estaba alcanzando tasas de crecimiento "que son el doble de las alcanzadas por cualquier país capitalista importante a lo largo de cualquier número importante de años (y) tres veces mayor que la tasa anual de crecimiento medio de los Estados Unidos". Concluía que era probable que "un Estado colectivista y autoritario" fuese intrínsecamente mejor para alcanzar el crecimiento económico que las democracias de libre mercado y pronosticaba que la economía soviética podía superar a la de los Estados Unidos hacia 1970" (8). Un joven -de veintinueve años- representante del Partido Demócrata llamado John Kennedy, en un recorrido por Asia se encontró con una dolorosa realidad, los recién descolonizados países dirigían sus ojos a la potencia industrial de la URSS y no al capitalismo democrático norteamericano. Kennedy fue asesinado en 1963, pero su país ganó la partida en 1989 demostrando la falsedad de ese saber convencional que aterrizó a Estados Unidos por décadas.

Un tercer momento vino cuando las políticas de sustitución de importaciones y el activismo de los gobiernos no produjeron los efectos esperados. Se apoyaron las desregulaciones y los mercados competitivos, aunque se mantuvieron políticas macroeconómicas keynesianas que buscaban mantener la economía en un régimen de pleno empleo. Se liberalizaron los mercados, acabando con la política estatal de sustitución de importaciones, promovieron las exportaciones pero se aconsejó devaluar para evitar recesiones o crisis de balanzas de pagos (9).

Este activismo estatal también asustó a Estados Unidos. La amenaza continuaba procediendo de Oriente, pero ahora de un aliado que había sido ayudado con la férrea conducción de economistas keynesianos venidos del propio Estados Unidos del New Deal. El saber convencional que seguía aconsejando gobiernos activos mostraba cómo Japón, que en 1973 era "una economía sustancialmente más pequeña y pobre que la de los Estados Unidos -su PIB *per capita* era sólo un 55 por 100 del de los Estados Unidos mientras su PIB total era apenas de un 27 por ciento del mismo. Pero el rápido crecimiento de la economía japonesa presagiaba claramente un cambio drástico" (10). Entonces, todo indicaba que si continuaba creciendo al ritmo de un 8,9% anual, Japón adelantaría a Estados Unidos en su PIB *per capita* en 1985 y en 1998 sería la economía más grande del mundo. Hoy sabemos que nada de eso fue así.

Un cuarto momento se produjo tras los triunfos neoconservadores en Estados Unidos e Inglaterra y la estrepitosa caída del comunismo mundial. Los mercados libres parecían generar crecimiento económico. La liberalización estaba bien. Pero las políticas fiscales y monetarias activas habían provocado inflaciones de tal magnitud que se volvió popular, incluso en la Argentina de Juan Domingo Perón, un gobierno que la pulverizaba privatizando, desregulando los mercados y abriendo la economía. Y es así como volvimos a la ecuación de principios del siglo veinte: mercados libres+moneda sólida= prosperidad (11).

Krugman viene denunciando masivamente, desde su publicación de 'Vendiendo Prosperidad' el año 1993, que ahora son los tiempos de un saber convencional que recibe el nombre de Consenso de Washington, pues se "fraguó entre el FMI (ubicado en la Calle 19), el Banco Mundial (en la calle 18) y el Tesoro de Estados Unidos (en la calle 15)" (12). Argentina de Menem fue la heroína. "Los aranceles se eliminaron, se privatizaron las empresas del gobierno. Se les dio la bienvenida a las corporaciones multinacionales y el peso se pegó al dólar. Wall Street se puso muy contenta y el dinero comenzó a entrar al país. Por un tiempo, la economía del libre mercado pareció justificada y sus defensores no sintieron timidez a la hora de reclamar créditos" (13). Los mercados libres y una moneda sólida parecían haber demostrado su superioridad en la Argentina. Pero la política monetaria, junto con una imprudente apertura de la cuenta de capitales, la llevó al desastre del 2001. Así por lo menos opinaba Krugman el 2003.

Palabras finales e invitación esencial

Paul Krugman apuesta, sistemáticamente, por acabar con esta historia y dejarnos interpelar por una buena economía, esa que no se humilla ante el saber convencional. Esta es tarea primordial para el éxito de las sociedades en vías de desarrollo, especialmente las hispanoamericanas. Esas, que junto con no olvidar que Don Quijote siempre nos llama a dejarnos guiar por el ideal, deben escuchar a Don Sancho que nos invita a tener los pies bien puestos en la tierra. Pero que no nos vendan por realidad la racionalización de intereses de los poderosos y por buena economía, la mala, la convencional que se deja seducir por modas que son "flor de heno", golondrina no hace verano.

- (1) Sergio Micco Aguayo, abogado, master en ciencia política y doctor en filosofía política
- (2) Nos fundamos en. Desafiar el saber convencional; en: Krugman, Paul; El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad; Crítica; Barcelona; España; 1997; pp. 103.
- (3) Krugman, Paul; El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad; Crítica; Barcelona; España; 1997; pp. 104.
- (4) Krugman, Paul; Vendiendo prosperidad. Sensatez e insensatez económica en una era de expectativas ilimitadas; Ariel; Barcelona; España; 2000; pp.28
- (5) Bobbio Norberto; El Filósofo y la Política, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- (6) Por cierto países como Alemania, Estados Unidos y Japón que practicaron con gran éxito el proteccionismo contra el libre mercado que le proponía la Inglaterra de David Ricardo echaron mano de Friedrich List, economista de gran influencia y ya olvidado; por el cual Krugman no tiene mucha simpatía. Krugman, Paul; El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad; Crítica; Barcelona; España; 1997; pp. 16
- (7) Ahora son los tiempos de J.M. Keynes
- (8) Krugman, Paul; El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad; Crítica; Barcelona; España; 1997; pp. 123-124
- (9) Es decir, Milton Friedman gobierna en la micro y John Maynard Keynes en la macro economía. La mezcla no fue buena.
- (10) Krugman, Paul; El internacionalismo "moderno". La economía internacional y las mentiras de la competitividad; Crítica; Barcelona; España; 1997; pp. 129-130
- (11) Son los tiempos de M.Friedman y F.Von Hayeck.
- (12) Stiglitz, Joseph; Como hacer que funcione la globalización; Taurus; Buenos Aires, Argentina; 2006; pp. 43
- (13) Krugman, Paul; El gran resquebrajamiento. Cómo hemos perdido el rumbo en el nuevo siglo; Grupo Editorial Norma; Bogotá; Colombia; 2004; pp.350